

REVISTA GADITANA.

Número 33.

Individuos muy respetables del cuerpo Nacional de la Armada nos invitan á que insertemos en nuestra REVISTA un artículo publicado por primera vez en la *España Marítima*, y que ha visto ya la luz pública en uno de los periódicos de esta capital.

La dimension de ese excelente é interesante artículo, poco proporcionada á los estrechos límites de nuestras columnas, nos privan de la satisfaccion de honrar á nuestro periódico con un excelente escrito, donde sobresale, al par de la solidez de las razones, el mérito nada común de la redaccion. Nos habremos, pues, de ceñir á recomendar su lectura á cuantas personas miren con algun interes uno de los ramos de la enseñanza pública, mas estrechamente enlazados con la prosperidad pública, con las necesidades del comercio y con el poder y prosperidad del Estado.

Tiempo es ya de que comience á poner su atencion el Gobierno en lo que miró por tantos años con indiferencia y abandono: tiempo es de que se piense en que, una nacion como la nuestra, rodeada por todos lados de mar, necesita de una Marina que proteja sus costas, al par que la navegacion de sus buques mercantes: tiempo es de que se reflexione, que una Marina respetada, ya que no pueda ser numerosa ni brillante, es un lazo indispensable para conservar unidas

á las colonias con su metrópoli. Mengua es por cierto, que una nacion que fué, durante algun tiempo, señora absoluta de los mares, la patria del vencedor de Lepanto, de D. Jorge Juan, de Ulloa y de tantos otros célebres marinos, vean aproximarse con rapidéz el día en que ni aun el menor rastro quede de nuestras fuerzas maritimas, ni en nuestros solitarios puertos, ni en nuestras colonias abandonadas á merced de la envidia de los extranjeros, ni en los arsenales y astilleros, tan activos y florecientes en épocas poco remotas, tan tristes y arruinados hoy día.

Pero para asegurar el poder naval de un Estado no bastaria con numerosos navios, ni con fuertes escuadras: necesario seria ante todo, que hubiese quien supiera mandarlos y dirigirlos. Y tal es el adelanto en Europa de las ciencias necesarias para la navegacion, y tantas son las prendas que ha de reunir un buen marino, que es su educacion obra mas árdua y dificultosa de lo que á primera vista parece.

En ninguna parte hemos encontrado tan bien esplicada esta verdad, como en el artículo de que vamos hablando sobre LOS ESTUDIOS MARÍTIMOS y sobre la necesidad de que el Gobierno disponga la creacion de un colegio donde se eduquen los guardias marinas, cadetes de los batallones de ar-

tillaría, é ingenieros de Marina.

El autor del artículo recuerda el ejemplo de Bonaparte, cuyo colosal poder, y cuya voluntad de hierro, parecían estar dotados del privilegio de no encontrar los límites con que suele tropezar la flaqueza humana.

«Como prueba de nuestro aserto, y para convencer al que pueda pensar de otro modo, citaremos un hecho de la historia contemporánea. Napoleon, en el apogeo de su gloria, y cuando sus águilas dominaban del uno al otro extremo de Europa, habiendo reunido al imperio francés la Holanda, formó en Amberes un magnífico arsenal, y tanto en él como en los demas astilleros construyó navios, como sabe hacerlo la escuela francesa, y no le faltaba gente en el litoral del Océano; abundancia tenia de recursos navales de toda especie; voluntad le sobraba para formar una Marina militar, porque conocia, que sin ella jamas podria dominar á su altiva rival la Inglaterra; pero su poder y su querer, casi omnipotentes, se estrellaron en todas ocasiones, pues no le es dado al poder humano formar un hombre de mar sin el concurso del tiempo, y aprovechando la tranquilidad de una paz para prepararse en ella á la guerra.»

No siéndonos posible copiar el artículo entero, hemos citado uno de sus párrafos; pero llamamos hacia él con todo encarecimiento la atencion de nuestros lectores. Recórranlo cuantos quieran formarse una aproximada idea de los defectos de que adolece al presente en nuestra España la educacion de los jóvenes que abrazan la carrera de la

Marina militar, y de las reformas que són mas urgentes y fáciles de realizar en tan importante ramo de la instruccion pública.

LIBRO DE MEMORIAS

de Elisa.

Libro de sus lágrimas.

ARTICULO CUARTO Y ULTIMO.

CONCLUSION.

Elisa, segun se deduce de sus manuscritos, tocó como puntos de tránsito, en Madrid, Victoria, Bayona, Burdeos y Paris. En todas estas cortes y capitales se detuvo apenas, segun parece, y si lo hizo vivió tan retraida de la sociedad y solo con sus pesares, que sus notas ninguna observacion arrojan sobre el itinerario que llevó hasta el mismo Stokolmo. A no ser que algunos paisajes trazados con precipitacion, sean copias de aquellos cuadros de la naturaleza que encontraba sobre el camino y se adaptaban mas á su melancolia.

Léense sin embargo, como ya dije antes, muchas frases empezadas y no concluidas, muchas tímidas quejas, ya inculcando el rigor de su madre, ya acriminando su propia debilidad y ligereza; y sin descuidarse de llamar á la divina Providencia en su auxilio, se leen varias evocaciones á la Virgen del Amparo, nombre simbólico, que con tanta frecuencia como dulzura, se oye sonar en los labios de las andaluzas.

Estos doloridos ayes, extraviados y perdidos en las regiones profundas del sentimiento mudo, estos lamentos y voces de socorro que llegan interrumpidas como los ecos del que se ahoga, hecha ya mencion de que existen, los pasaremos todos en silencio, porque un libro impreso exige de suyo cierto orden en las ideas, y cierta rutina en la fórmula imprescindible que nos legaron los primeros maestros del arte, los cuales, si bien es cierto que murieron, no es

ménos verdad que dejaron en la tierra al buen gusto por fiel guardador de sus preceptos.

Después de la última fecha en París, se ve en la cartera de Elisa una en Calais y dos ó tres mas en Londres; pero tampoco los renglones á que estas fechas sirven de índice en la cronología del sufrimiento, dicen nada que no esté repetido con distintas palabras en las páginas anteriores. Se conoce, que huido de su vista el sol de Andalucía, todo lo demás era un viaje por el caos.

Esto no hay que extrañarlo. Las mugeres en general no se esplican nada por el saber, ni por la contemplacion ni por el exámen. Así es, que no alcanzan á disertar; y se ve que cuando se les presenta ante los ojos un fenómeno de la naturaleza, ó un campo desierto ú sombrío, se acobardan ridículamente, y de igual modo se abaten, sin encontrar salida cuando se somete á ellas una deliberacion que requiera detenido cálculo, y encierre profundidad filosófica. Pero en cambio, sus sensaciones son delicadas y sublimes; están dotadas de una imaginacion ardiente y rápida, y de una comprension instantánea y sintética, razon por la que frecuentemente, ó bien con una sola ojeada nos enseñan la salida de un laberinto, ó ya nos deslumbran con las palabras de su apasionada elocuencia, ó ya nos arrastran tras ellas, cuando, como seres de fatalidad, caminan á una perdicion cierta, cantando himnos á la felicidad del amor. De suerte que si a su vez nos pierden, nos salvan y nos encantan, hay alguna cosa de superior en la muger, de la cual nosotros carecemos, y que ciertamente no es la reflexion ordenada, ni la filosofia razonadora; pero acaso sea la percepcion, la gala de expresion y el lujo de sentimiento, todo en conjunto, aunque repartido sin orden ni sistema, que es el carácter mas pronunciado en el libro de Elisa.... Tal es, á mi ver, lo que distingue la fisonomía moral de los dos sexos; el hombre es razonador y profundo, remite sus sensaciones al invernáculo del entendimiento, y la muger las arroja palpitantes del corazon á la boca, y su palabra es fácil, hiperbólica, y está salpicada de imágenes.... Pudiera decirse que el poeta andaluz es la perfeccion de la muger, y el poeta alemán la perfeccion del hombre.

Pero cesando ya en esta digresion, que me ha servido un tanto para llenar la la-

guna que dejan los manuscritos de Elisa, desde el de Sierra Morena hasta los que voy á copiar, pondré la primera, porque así tambien está en el orden de la lectura, una de sus meditaciones sombrías en Stokolmo.

MEDITACION.

«El primer califa de la opulenta Córdoba habia nacido entre las pintadas mariposas de la Arabia y como estrangero al suelo en que reinaba, cuéntase que jamas tuvo alegría.

«Era el monarca un padre compasivo sobre el trono, á la par que leon generoso en las batallas; de suerte que dilató la huella de sus conquistas, hasta donde su caballo de guerra sintió perderséle bajo sus pies la tierra en dos distintos mares.

«Pero el justo Abderraman, proscrito de Damasco, maldiceion en los alminares de su pais natal, amaba su patria como yo, y ausente de ella, ni la gloria de un Rey pudo distraer un punto su tristeza.

«No amaba la corona, ni á sus mugeres cristianas, ni el sueño de la vanidad le distraia al reposar de sus fatigas sobre el amor de cien pueblos. Abderraman el Grande, cuando la multitud rompía aplausos en su alabanza, se retiraba á llorar en la soledad, abrazado al tronco de una tierna palmera.

«Este árbol nacido junto á la choza del árabe, trasplantado á España por mano del monarca, y el único hasta entónces en sus dominios, érale mas halagüeño que los aplausos; érale mas querido que las victorias y de mayor valia que la corona misma. Era su virgen Odalisca, huérfana como él, y peregrinos ámbos sobre extraña tierra.

«Amábala con todo el amor de los recuerdos pasados, tal y como se despiertan en el corazon del desterrado, y la cantaba dulcísimos versos de compasion cariñosa

Tu tambien insigne palma,

Estás aquí forastera,

Tristes lágrimas lloraras,

Si cual yo llorar pudieras;

Que á mi de pena y dolor

Continuas lluvias me anegan.

«Así el amante raptor de la doncella del desierto, desechando el fausto de los alcázares, vivia una vida melancólica y cuan-

do estaba reclinado al pié de su adorada, y mientras ella con su flotante cabellera le prestaba una sombra bienhechora, entónces la muerte cerró los ojos del buen Rey que bendijo á la palmera del desierto.

«Cien años despues, se elevaba al Cielo desde el jardin de los Humeyas, un árbol, que por su altura fijaba al caminante. Tenia amortecido el verdor de sus hojas, los brazos lánguidos le caian como el saúce; se mecia con la nobleza de una Reina al andar; y del centro de su copa elevábase un tallo verde, derecho como una vigia, el cual, siguiendo los vaivenes de su base, asemejaba á un piloto allá en lo mas elevado de su nave... Y aquel árbol era la palmera viuda de Abderraman Anasir, que se levantaba por ver si descubria el horizonte de su tierra.

«Ni una flor brotó en sus tallos, ni un fruto pendió de sus rames, y se murió de sed

«La risa se ha perdido en mis labios; mis hijos no han nacido; y sobre mi corazón no llueve el rocío de la esperanza...»

—————

Estos renglones de la mano de Elisa, no pueden pronunciarse, sin dejarnos un sentimiento parecido al que nos gravita en el alma, cuando, en la soledad de una noche serena, oímos á distancia, los preludios de un arpa que se queja y suspira, bañando sus ecos de vibrantes armonías.

¿Pero si la anterior meditacion de Elisa es como uno de esos vuelos flexibles y delicados del sentimiento, que tiende la niebla de la melancolía sin disiparla, no por eso es ménos digna de ser leída la que va á continuación, porque, con ménos unícion poética tal vez, revela una situacion mas desconsolada.

SEGUNDA MEDITACION.

«Si yo tuviera una hija, me moriría en el cielo de sus ojos para ensayar mis caríncas sonrisas, así como la doncella de pocos años consulta al espejo los adornos que la han de embellecer en el baile donde su amante le espera.

Si yo tuviera una hija la diria: «dulce consuelo mío, cuando encuentres un hom-

bre que con solo mirarlo te haga temblar el corazón, si él te mira, y los labios si te habla, léjos de ocultármelo, corre, bien mio, á contárselo á tu madre, que ella leerá en tus facciones, en el tono de tu voz, en cada uno de tus mas leves movimientos y te dirá: «ámalo.» Y lo llamará, y de rodillas, si es preciso, le suplicará que ame tambien á la hija de una madre que no tiene otra.

¡Ay! una hija á quien referir mi vida; y verla llorar; hácia la cual convertir mi pasión entera, y léjos de formularla como ahora con suspiros y lágrimas misteriosas, decírselo á gritos, significárselo á besos, y estrechándola tan apretada en mis brazos que se quejara de dolor!... Entónces la diria, hija de mi amor, perdóname, estoy loca; y si por haberte hecho daño quieres castigarme, hazlo, y me sabrá bien...

Mas ¡ay de mí! estériles mis entrañas, solo han abrigado el incendio que las devora tantos años há.

¡Dios mío! en este estado, sin padres, sin hermanos, en un suelo ageno, enferma y sola... enteramente sola... ¿Cual es, Dios mío, el anatema que está impreso en mi frente?

El último mendigo encuentra un hospital donde entra y esclama: «socorredme! La cabeza se me abrasa, mi estómago desfallece, los pies me faltan.» y yo no puedo ni decir siquiera, «la vez primera que le ví sentí un frio que helaba mis venas, y era el temblor de la fiebre, porque luego me sentí hervir, y despues deliré y deliro todavía... Socorredme por caridad como al mendigo...»

—————

Desde aquí en adelante, los manuscritos de Elisa son un verdadero libro de lágrimas. Todavía se conocen sobre el papel las gotas llovidas de sus ojos, y muchas palabras están de tal suerte borradas por el llanto, que solo dejan deducirse por el sentido de las frases que las preceden. Estas son puras quejas, continuados ayes, y la esplicacion instintiva de una dolencia que lentamente, segun dice, le va sorbiendo la vida.

La última vez que su letra se imprime en la cartera es para dirigirse á su amante, y lo hace en estos términos.

ELISA A LEOPOLDO.

«Treinta y un años, no completos, abra, zan el total de mi existencia, Leopoldo mío, y de ellos encerré dos en el pecho de mi madre, diez en los juegos de la niñez, cuatro en el recato mas austero y los restantes los he consagrado enteros á tu memoria... Hé aquí toda una vida; respóndete tu mismo, si el claustro pudiera haberle sido mas estrecho á tu infeliz Elisa.

Por fortuna me siento ya morir; una enfermedad roedora consume mis entrañas; una continua tos me advierte por segundos que mi respiracion quiere cesar; la palidez de mi semblante es la muerte y las ropas flotan desmayadas sobre mi cuerpo descarnado y sin brio, como los pliegues de la mortaja en un cadáver.

Dicenme los médicos que la enfermedad es melancolía, y que el remedio es la distraccion.... ¡Pobres doctores del cuerpol Pretenden medicinar el alma!... ¿Y la distraccion donde está para mí? ¿Es acaso droga que se halla en todas partes, para todos de la misma manera? Que busque la alegría me aconsejan... ¡Alegría para mi alma!! Quince años há que si la buscara, pudiera solo encontrarla en el delito... y ya ves no hay mas que morir, porque los médicos no conocen otro medicamento.

Cuando el Todopoderoso me va á llamar ante su tribunal para darle cuenta, no quiero callarte á ti lo que á mi Salvador le diré.

Ya no es tiempo de volver el pié atras, ni ningun riesgo nos amenaza con esta confesion.

Tanto te he amado, Leopoldo, que tu nombre, en el fervor de mis plegarias, mil veces ha reemplazado al de Dios mismo, cuando á Dios le pedia que apartara de ti mis pensamientos.... En mis ensueños has descendido como del cielo sobre mi lecho: En mis delirios febriles, descorrías las cortinas de mi alcoba para mirarme y huir.... En todas partes, á todas horas, siempre contigo.... y tú nunca á mi lado. ¡Ah! y tú nunca á mi lado!!! Esto es lo que me asesina....

Yo no he podido amar á Hugo, y él vive persuadido de lo contrario. Este fingimiento continuo, esta lucha de la cabeza con el corazon, de la compasion con el amor, del deber con la voluntad, me empujan hácia la sepultura, como hácia un lecho de repo-

so; ya me hallo á sus orillas.

Llora, Leopoldo, llora por tu perdida Elisa, pero no culpes á nadie mas que á i propia debilidad.... harto la he purgado, por esta cartera, que en mi postrera voluntad te legaré; juzga tú si mi tormento ha sid escaso. Añádele tu sentimiento al sentimiento que va marcado en ella, sella tú co tus lágrimas mis letras, y acaso dirán tan to como yo sentia.

Cuando tú leas esta carta, Elisa estar muerta, y por la mano que la escribe correrán gusanos.

Un emigrado de España, sacerdote católico, me fué presentado por mi marido hará quince dias.... el disimulo de Hugo, y los medios indirectos de que el buen religioso se ha valido para decir que me confesará me han hecho sonreir mas de una vez. Por último, me adelanté yo á indicárselo á ellos; me confesé, y el religioso sabedor ya de mi secreto queda en poner despues de mi muerte la cartera en tus manos, y la llave de ella sobre mi pecho, para que conmigo baje á la sepultura.

Acabada esta carta cerraré la cartera, y no se abrirá mas hasta que tú la rompas.

Yo no tengo mas culpa que haberte adorado, y Dios me lo perdonará, Leopoldo mío!... Elisa.

Confieso que sentí un punto, quebrármese el corazon, pero sacando fuerzas de flaqueza alenté á Leopoldo, y no me separé de su lado hasta verlo tranquilo.

Al dia siguiente fui á visitarlo y tuvimos este diálogo.

Dime Leopoldo, ¿has sabido algo del marido?

Solo sé que el confesor vive en su compañía.

¿Y del padre?

No pudiendo soportar la ausencia de su hija, mezclósele la pasion de ánimo con los achaques, y se murió.

¿Y la madre?

Tan pronto como se vió libre, dióse á satisfacer caprichos á sus anchas; mas como los placeres son la carcoma de los capitales, veíase al principio en coche, teatros y devaneos, luego ya un trato mas bajo iba á las diversiones á pié y andando, y últimamente no faltan lenguas que se ocupen en discutir si escarba ó si rebaña el fondo de sus cofres.

De modo que es muy difícil adivinar lo que le aguarda á esa señora.

No tal: aguárdale una vez anticipadamente el azote cruel de los remordimientos.

A. L...

LOS FAISANES

DE

LUIS XIV.

P. Caisa.

Al sur de la ciudad de Tolon, á cuatro leguas de la orilla del mar, descuellan el grupo de las Hieras que son cuatro á saber: *Porquerolles*, *Puerto Croz*, *Pitan* y *Bagneau*. Estas islas, que se dibujan perfectamente en el horizonte cuando el día es claro, han dado lugar á muchas conjeturas históricas. Los antiguos geógrafos las llamaban *Stachules*. El inglés Pinkerton, entusiasmado por la belleza de su clima y situación, ha pensado encontrar la isla de Calipso, tan descantada por Homero y otros varios poetas griegos. Durante trescientos años, se ha creído que las islas Hieras estaban llenas de naranjos: en 1531 Francisco I las erigió en marquesado, bajo el nombre de las *Islas de oro*. Hacia el fin del siglo XVI, este marquesado se trocó en herencia de dos pequeños señores; la isla de *Porquerolles* quedó en la casa de Ornans y las otras fueron cedidas á un Gentil-hombre alemán. En el acta de donación había una cláusula, que obligaba á cada nuevo poseedor del marquesado á entregar al rey el laudencio de tres halcones, con campanilla de oro y las armas de Francia; como también, que los dichos señores defenderían la rada y las islas de su posesión, contra las incursiones de los enemigos de la Francia. La historia de aquel grupo de islas queda reducida á estos simples documentos y la casa de Ornans reinó tranquilamente en la isla de *Porquerolles*, hasta el momento en que Luis XIV se apropió la isleta para erigir de los faisanes. Un Gentil-hombre, bastardo de un gran señor, fue enviado para velar por la seguridad de los nobles volá-

tiles destinados á la mesa real. Llamábase Esteban de Labertel, y se calificaba en todos sus actos, de *superintendente de los faisanes de S. M. en la isla de Porquerolles*.

Este raro gobernador, cuya autoridad se limitaba á mandar despoticamente á una docena de paisanos empleados en la guarda de las faisanes, fué recibido en la casa del marques de Ornans, gracias á las cartas de recomendación del ministro Luvois; aquellas cartas eran órdenes y á la sazón habria sido un crimen imperdonable no obedecer estrictamente las órdenes del ministro. El marques de Ornans tenía una hija prometida, desde mucho tiempo, en casamiento al único heredero de Héctor de Fishman, Marques de Puerto Croz, de Titan y de Bagneau. Guillermita apenas tenía diez y ocho años: largos cabellos negros, dos grandes ojos de ardiente pupila, un perfil griego, facciones varoniles y expresivas, una tez tostada por el Sol, un tallo esvelto y bien formado, reunían en Guillermita los diversos tipos de la belleza meridional, tan bien reproducidos por los antiguos estatuarios de Arlés y Nimes. Si la virgen isleña hubiese hollado el taller de un Praxiteles, el trozo de mármol se habria transformado en una Venus provenzal, bajo el cincel del escultor.

Perdidamente enamorado de Guillermita, el *superintendente de los faisanes de S. M.* se aventuró por fin en pedir al marques de Ornans la mano de su hija única. Mucho tiempo habia dudado en dar semejante paso, porque ya vislumbraba la antipatía de la señorita de Ornans; de estatura pequeña, con un semblante disforme, jorobado y cojo, el delegado del ministro Louvois era el terror de las muchachas de *Porquerolles*; al momento que lo veían seguido de dos sabuesos sus compañeros inseparables, arrojaban un grito de alarma que repetido de espacio en espacio, como sobre los muros de una ciudad sitiada.

Ojo alerta niñas de *Porquerolles*? exclamaban al verle; ¡míral que viene Esteban de Robertel. Huid, sobre todo, ¡máximes en cinta, porque el jorobadito va á veros.

El hombrecillo reía sin malicia alguna al oír aquellos gritos; porque las hermosas paisanas de *Porquerolles* en nada le interesaban. Guillermita de Ornans era el único objeto de sus pensamientos, de sus emociones; pero temía tanto el momento

en que no podría ya decir su demanda de casamiento, que se abstuvo durante algunos días de ir á jugar su partida de *pasa diez* en casa del gobernador de la isla. Las frecuentes visitas de Federico Fishman aceleraron su determinacion; supo que el heredero del noble alemán era acogido con sumo gusto, tanto por Guillermita como por su padre.

Animo! No arredrarse! mi señor Esteban de Robertel, se decía nuestro héroe al salir de su habitación para ir al pequeño castillo del marqués de Ormans; Guillermita me ama; estoy seguro, y no me será difícil desbancar á ese barrigudo alemán. En verdad que yo no soy... vamos, un hombre hermoso; añadió mirándose de la cabeza á los pies; esta maldita joroba es un escedente del que de buena gana habría hecho gracia á la naturaleza. Pero no hay mal que por bien no venga: los jorobados todos son hombres de talento; Eso, el inmortal fabulista, era jorobado; el marqués de Roquelausa, por otro nombre el *Momo francés*, es jorobado y su nariz es de una estension honrosa, esto no obstante, ha hecho conquistas muy gloriosas; por fin adoptó en toda su estension aquel proverbio que dice: «En amor grande fortuna, el que de B. sea figura.» Cuando hayan contemplado como yo la magnificencia de Luis el Grande, nada se debe temer de un rival como Federico Fishman, la flema germánica no podrá luchar con mi alegría, mi amabilidad, mi petulancia francesa.

Al decir estas palabras, Robertel tomó su sombrero adornado con galones de plata, su palo con puño de oro, ató el cinturón de su espada, y se adelantó con paso firme hacia el castillo del marqués de Ormans.

El Señor de Porquerolles había convidado aquel día á algunos oficiales de Marina cuyos buques estaban anclados en la rada de Tolon, al gobernador de las islas de Lerins, Elector de Fishman y Federico su hijo. Esteban de Robertel era el único personaje de las islas vecinas que no había sido agraciado con un convite de cumplimiento. Así es que el jorobado no pudo comprimir un primer movimiento de sorpresa y de cólera cuando entró en la sala del festín. Paróse de repente indeciso, no sabiendo si permanecería allí ó se volvería á comer á su morada. Vió á Guiller-

mita sentada al lado de Federico y desde aquel momento ya no dudó.

Estoy perdido, si doy un paso atrás, se dijo para sí, los convidados reirán á esta mia, y Guillermita creerá que renunció á mi esperanza y á mis proyectos de enlace á favor del panzudo alemán.

Al finalizar este corto diálogo, el jorobado se enderezó en cuanto le permitió lo diforme de su talle y saludó á los convidados tan graciosamente como le fue posible.

Vive Dios, caballeros, no me esperaba á fé mía, hallar una reunion tan brillante en el castillo de Porquerolles,... En verdad, Señor de Ormans, que vuestras maneras son de un arrendador general, ¡Qué lujo! ¡Qué magnificencia!

Señor de Robertel, comereis con nosotros, esto sin cumplimento; probareis un poco de nuestro guisado.

Pardiez, señor de Ormans, permitid que os diga que vuestra mesa no desmerecerá del alto concepto que me inspirais.

Os esperaba caballero Robertel; estos señores solo han venido por tener el honor de comer con el *superintendente de los faysanos de S. M.*

Me esperaba! se dijo el jorobado... Infame!... y yo no sabia nada de estos preparativos... Señores, añadió sentándose en la mesa en medio de dos jóvenes oficiales de marina; seguramente señores; pardiez señores, si yo hubiese podido preveer, me habría cargado á cuestras mi magnífico, uniforme de superintendente.

Estais magnífico señor faysanero dijo uno de los oficiales de Marina. Jamas llegareis á ser capitán de S. M.; sois demasiado corto de talle, y vuestra joroba sería un gran inconveniente para el perfecto alineamiento de una parada.

Señor marino, exclamó Robertel, sois un tonto fatuo, y si no respetase los privilegios de la hospitalidad, os daría ahora mismo una leccion política.

No os incomodeis, señor faysanero, replicó el oficial. Temeria por cierto el batiirme con un hombre como vos; los jorobados se baten como unos diablos; en nuestra última campaña tuvimos todos los trabajos del mundo para poder apresar un brick inglés; este buque británico era mandado por un jorobado, pequeño, feo, diforme, como el Sr. de Robertel. Por Nepituno y su tridente, que no conozco hom-

bre más terribles que los cojos, los tuertos, y los jorobados.

Esto ya es demasiado, señor marino, exclamó Robertel, cuyos pequeños ojos, chispeaban de furor. Nos batiremos; me dareis una satisfacción de semejantes insultos; una de dos, o mi vida o la vuestra.

El pobre jorobado había cogido al oficial que se dejó llevar hasta la estremidad del salón.

Señor Robertel, le dijo este, estad seguro que tendria en grande honor el batirme con un superintendente de los fay-sanes de S. M. Luis XIV; ya veo que tenéis valor mi jorobadito; pero el valor no basta para habérselas con un hombre de seis pies; miradme bien, señor de Robertel.

David mató al gigante Goliath, respondió el jorobado.

Mi espada es demasiado larga; os pasaría diez veces de parte á parte; antes que os fuese posible tocarla; si consentís, tomaré un tenedor ó un cuchillo y las armas serán iguales.

Basta ya de burlas, señor marino; esta tarde, si no sois un cobarde, os espero en la playa enfrente de la isla Bagacau.

Espero no faltar á la cita, señor de Robertel.

Esta disputa de un principio tan risible iba ya á tener un fin trágico-cómico, cuando Guillermita de Ornans se interpuso entre los dos adversarios, pálida, asustada y fingiendo sorpresa del mas vivo dolor.

Señores, exclamó, esto es indigno de vosotros; cualquiera os tomaría por dos marineros bretones segun lo descomedido de vuestras injurias. Prometedme bajo palabra de honor que este altercado no tendrá ninguna funesta consecuencia.

Señorita, respondió el marino, que sabia hasta donde debía apreciar los temores fingidos de Guillermita, yo ni soy duelista ni espadachin; el Sr. de Robertel se ha ofendido de una burla inocente; quiere que le dé una satisfacción; declaro que le pertenezco en cuerpo y alma; en sus manos está la eleccion de las armas.

Señor de Robertel, dijo Guillermita, espero que no os batireis.

Señorita, mi honor, mi blasón, me obligan á vengar lo mas pronto posible, los insultos del señor oficial.

No os batireis, os repito, de lo contrario no esperéis que mi amor...

Si tal es vuestra voluntad, taltamudeó el jorobado...

Lo quiero, lo maudo.

No me batiré, señorita.

Un abrazo, señor oficial.

Permitirme, señorita, exclamó el marino; iré si es preciso á declarar la guerra á los corsarios de Argel y de Marruecos, pero abrazar á este recién jorobado...

Os dareis la mano en señal de reconciliacion.

La mano, consiento; estoy persuadido que el Sr. Robertel no adolecerá de ninguna enfermedad contagiosa.

El jorobado se ahoga de rabia, apretaba los dientes y despedía unos suspiros parecidos á los sordos maullidos de un gatotigre. No obstante los menores deseos de Guillermita eran para él severas órdenes que cumplía sin dilacion; volvió á sentarse á la mesa, sin proferir una palabra. La conversacion se hizo general; el oficial de marina hizo su descripcion de expedicion que se preparaba para Argel; el Sr. Ornans leyó una carta que había recibido algunos dias ante una dama de la corte y Hector de Fishman refirió los principales sucesos que habían tenido lugar en Alemania...

Señores, dijo por último el marqués de Ornans, el día es hermoso, qué os parece dar un paseo? os enseñaré los hermosos paisajes de la isla de Porquerolles.... Guillermita permanecerá aqui para dirigir los preparativos de la cena.

Señor de Robertel, dijo aquella, cenareis con nosotros.

Siendo vos la que me convidais, señorita... puedo acaso rehusar.

Regalareis á esos señores; siendo superintendente de los fay-sanes de S. M., espero me podreis proporcionar tres para completar los platos del asado.

¡Tres fay-sanes! señorita... es imposible.

¡Reusais!

Los fay-sanes de la isla de Porquerolles, están todos reservados para la mesa real.

Solamente os pido tres, señor de Robertel, si insistís os pediré cuatro, cinco, seis; los tendré.

Sabéis que no puedo rehusar, bella Guillermita, y abusais de mi debilidad. Dentro de un cuarto de hora se os llevará tres fay-sanes dorados.

He dicho cuatro, señor de Robertel.

Tendreis cuatro.

Quiero cinco.

El jorobado no osó responder: tomó el camino de su cercado y volvió algunos momentos despues con un criado, que llevaba los cinco faysanes.

Sabeis señorita, le dijo, cuando el cocinero hubo dejado los cinco volátiles á sus pies, sabeis que por agradaros me espongo á perder mi destino de superintendente de los faysanes de S. M.

Agradezco semejante sacrificio, respondió Guillermita. Tomó entónces el brazo de Federico Fishman, y el jorobado, comprimiendo los violentos escesos de sus celos se vió obligado á pasar las dos horas del paseo con los oficiales de marina. No pudiendo ya resistir á su impaciencia, interpelló al marqués de Ornans.

Señor marqués, le dijo, quiero por fin conocer vuestros proyectos é intenciones.

Mis intenciones!... señor de Robertel...

Yo hago aquí un papel que no conviene de modo alguno á un hombre de mi clase.

Qué exigís señor superintendente?

Amo á vuestra hija y os pido su mano.

La he prometido á Federico Fishman.

Federico es aleman y yo soy frances; vuestra eleccion no será dudosa, á lo ménos me lisonjeo en creerlo.

Señor de Robertel dejó á mi hija en plena libertad; si os ama, os juro por mi honor que no me opondré á vuestro casamiento.

El jorobado y el marqués se pararon para esperar á Guillermita.

Señorita, exclamó Robertel hincando una rodilla, muchas veces me habeis dicho que me amabais; he hablado al marqués que no se opone á nuestra felicidad; podré llamarme señora de Robertel?

Guillermita, al ver el semblante grotesco, la doble joroba y los horrorosos gestos del ruin caballero, no pudo contenerse, riendo de su suerte, tante que Federico Fishman hubo de sostenerla en sus brazos.

¡Vos mi marido! dijo por fin... Vos, señor de Robertel! estais cierto de lo que decís? Mas bien me casaría con el diablo.

Así es que me engañabais, pérdida!

Levantáos señor de Robertel, vuestra actitud haria reir á un muerto.

Se burlaban de mí! dijose Robertel, que se marchó sin saludar al marqués y convidados... Pues me vengaré! El señor de Ornans perderá su marquesado, ó yo no me llamaré Robertel.

La fuga repentina del superintendente de los faysanes, dió lugar á las mas jocosas hablillas por parte de los convidados del marqués de Ornans. Héctor de Fishman era el único que no reía.

Estais serio como un papa, marqués de Bagueau, le dijo el señor de Ornans. Que juicio formais de la cólera del jorobado?

Todo se debe temer de una muger colosa, de una gata escarmentada y de un jorobado cuya vanidad se ha ajado, respondió Héctor. El señor de Robertel conoce al ministro Louvois, no dejará ninguna piedra por mover y empleará su crédito para vengarse.

Pues qué medio nos queda para librarnos de sus ataques?

No veo ninguno, señor marqués. Federico tal vez nos sacará del embarazo.

Se le pidió su parecer, y despues de haber reflexionado algunos instantes dijo.

El único medio que nos queda para ponernos al abrigo de las hostilidades del jorobado, es de procurar por cualquier medio que sea, de hacerle quedar mal!

Y como lo lograremos?

Si Guillermita quiere ayudarnos en nuestro plan, el resultado será brillante. Ya sabeis todos que Robertel ha sido enviado aquí espresamente para vigilar los guardas de los faysanes de S. M.; dentro de pocos dias, dos inspectores llegarán á Póquerolles y si el número de los volátiles no es completo, se exigirá la responsabilidad al señor Esteban de Robertel, y tal vez un castillo lo guarde por algun tiempo. Para alcanzar esto es preciso que Guillermita escriba al jorobado, implorando su perdon.

Quereis chancearos, mi querido Federico, dijo la señorita de Ornans.

Hablo seriamente; esta misma noche escribireis á Robertel, el cual vendrá mañana muy temprano; le hablareis de vuestro amor...

Engañarle de este modo!

Qué os importa? le pedireis otros tres faysanes, que tendreis; cada dia renovareis vuestra demanda hasta que el número de los volátiles haya disminuido de tal modo, que el superintendente no pueda ya escapar de la vigilancia de los inspectores.

El plan está magníficamente trazado mi Federico, dijo el marqués de Ornans.

Guillermita, tomáis vuestra parte en nuestra conspiracion?

Siendo vos el gefe, puedo titubear; dijo sonriéndose la señorita de Ornans.

La cena fué de las mas divertidas. Estaban de Robertel, su doble joroba y su loco amor, fueron el único objeto de la diversion de los convidados; Federico Fishman dictó la carta para el superintendente de los fayšanas.

Señor Federico, dijo la festiva Guillermita; ¿qué diriais si me enamorase del jorobado?

Señorita, nada debo temer.

Oh! es preciso no descuidarse: quien sabe lo que puede suceder. He leído en una novela de M. de la Calprenede, que hermosas y galantes princesas, se enamoraron perdidamente de enanos, monstruos y jorobados.

Pobre Robertel! le haceis demasiado honor! algunos dias de ilusion, y luego una tremenda desgracia. Una habitacion de tres pies cuadrados en el castillo de Santa Margarita es todo lo que le espera....

Creeis que vendrá?

Y que no dormirá en toda la noche, respondió el anciano marqués de Bagneau.

Al dia siguiente ántes de la salida del Sol, el infeliz jorobado estaba sentado á la puerta del parque del castillo de Porquerolles. El marqués de Ornans despertó á Guillermita que bajó para recibir al señor de Robertel.

Sr. superintendente, le dijo, aquella, ayer os incomodasteis, pero sin razon; quería reir, y creia que no tomariais mis palabras por lo serio. Habeis leído mi carta?

Veinte veces, señorita, me ha restituido la esperanza y la felicidad. Accederéis por fin?...

A aceptar el brillante nombre de señora de Robertel; mañana se firmará el contrato; mi padre ha convidado á todos sus amigos: espera que le podreis proporcionar diez fayšanas porque serán muchos convidados....

¡Diez fayšanas! dijo el jorobado en voz baja.... si los inspectores llegasen ántes de tres meses estaria perdido.... luego añadió; señorita, ya sabeis que nada puedo rehusaros.

Durante un mes se disfrrieron los esponsales, con gran sentimiento de Esteban de Robertel y cada dia uno ó dos fayšanas figuraban en la mesa del marqués de Ornans. El superintendente se guardó muy bien de revelar el secreto á sus súbditos;

durante la noche, se introducía en la *faysanería*, escogía dos de los volátiles, les pasaba la cabeza con un alfiler y los dejaba en el mismo lugar; al dia siguiente, decia á los guardas que habian muerto de accidente, y engañaba de este modo la vigilancia de los espías. Este estado de cosas duró treinta y un dias; setenta y dos fayšanas habian sido victimas del loco amor de Esteban de Robertel, que no podia disimular ya sus temores. Corria la voz en la isla de que dos inspectores estaban á punto de partir de Tolon y esta noticia aumentaba mas y mas el peligro del jorobado, quien resolvió en fin emplear todos los medios para acelerar su casamiento con Guillermita. Fuese al castillo resuelto á no salir de él sino despues de haber firmado el contrato. El marqués y su hija lo recibieron del modo mas amable y Federico Fishman fué el primero que habló del casamiento de Guillermita con el Sr. de Robertel.

Os confieso, señores, dijo el jorobado, que esperar un solo mes, es una cosa muy penible cuando uno está perdidamente enamorado; así es que he venido para que arreglemos hoy nuestro asunto, señor marqués.

Estoy pronto á firmar, señor de Robertel... en cuanto Guillermita consienta....

Padre mio, respondió esta, he mudado de parecer; el señor de Robertel es un hombre demasiado pequeño y un señor demasiado grande para mí. Mañana partiremos para Tolon en donde celebraremos nuestro casamiento, Sr. Federico de Fishman.

Señorita esclamó el encolerizado Robertel, no os perdonaré este último ultrage; si no puedo vengarme en vuestra persona, vuestro padre perderá su marquesado de Porquerolles.

Y vos vuestro empleo de superintendente de los fayšanas de S. M., repuso Federico; me veré con los inspectores les diré que habeis vendido setenta y dos fayšanas al marqués de Ornans.

¡Seréis entónces un espía!

Todo lo será, á fin de obtener la mano de Guillermita y poner á su padre al abrigo de una injusta venganza.

Dentro de dos dias os arrepentiréis de haber engañado indignamente á un hidalgo que cuenta el ministro Louvois entre sus protectores.

Despues de haber lanzado el terrible

anatema, el jorobado salió precipitadamente del castillo, y por la tarde no se hablaba de otra cosa en toda la isla que de la pronta desgracia del marqués de Porquerolles.

Nada temais, señor marqués, decía Federico, sé que los inspectores han llegado esta mañana; los guardas de los faysanes se han quejado ya del señor de Robertel; estoy cierto que irá á pasar el Otoño, el Invierno, y la Primavera en alguna prision del estado.

En efecto, el jorobado aun no estaba á un cuarto de legua de su habitacion, cuando divisó á los inspectores que venian en su busca. En vano intentó justificarse; el crimen era patente, fué encarcelado con guardas de vista, hasta el momento de su traslacion al fuerte de Santa Margarita.

Tres dias despues dos embarcaciones partian de la pequeña rada de Porquerolles. En una iban un gran número de amigos del marqués de Fishman y del señor de Porquerolles que pasaban á Tolon para asistir al casamiento de Guillermita. La otra dirigia el rumbo hácia las islas de Lerins y llavaba á su bordo el infeliz superintendente de los faysanes de Luis XIV.

S. A. S. M.

Una chanza pesada.

Acaba de acontecer en Nueva York una aventura singular, cuyos sorprendentes resultados manifiestan la grande elasticidad del código americano con respecto al matrimonio. Dicha aventura que es el objeto de toda conversacion en Nueva York es la siguiente.

Una jóven soltera, y un jóven soltero tambien, á quienes llamaremos A. y B... ámbos desconocidos entre si y forasteros de esta ciudad, fueron convidados por una persona conocida de los dos á un baile. La jóven era tan fea, que no determinándose á parecer entre la concurrencia de hermo-

suras, cual una flor rústica y descolorida en un cuadro esmaltado de bellisimas flores, resolvió ocultar su fealdad, disfrazándose en traje de hombre, disfraz no muy fácil de descubrirse, porque su voz y sus facciones se prestaban á él á mil maravillas. Finalmente, nuestra heroína tenia ya 28 años, y hacia tiempo que habia perdido enteramente la esperanza de himeneo.

El jóven al contrario era de una edad y de una fisonomía muy tierna y delicada; sus cabellos eran tan blondos, su talle tan suelto, y tan pequeño su pié, que ¡rara casualidad! determinó aprovecharse de estas dotes naturales para sacar mas partido en el baile disfrazándose de muger, y lo hizo con tal habilidad que nadie pudo reconocer la suplantacion. Ya el nuevo Faublas habia danzado y valsado con diez caballeros de los mas galantes, cuando uno de ellos, el que lo cumplimentaba con mas finura y asiduidad fué advertido secretamente del engaño en que habia incurrido respecto á la dama con quien bailaba.

Su amor propio se hirió de tal modo que juró vengarse de aquella burla.

Este caballero era la jóven A. tan perfectamente disfrazada de hombre como el jóven B. de muger. Lo que tramó y proyectó esta jóven abrumada con el peso de su largo papel de soltera, para vengarse de la burla sufrida, no necesita detallarse. Nos bastará decir, que una hora despues, el jóven B. queriendo llevar hasta el estremo la burla de su disfraz, concedió una cita á la señorita A. que, siguiendo representando su papel de hombre le ofreció casarse con ella si consentia en dejarse robar.

Verificóse el rapto en efecto, y fiel á su palabra el sobornador femenino condujo inmediatamente á su victima ante un sacerdote amigo suyo. El jóven B. ciego con su locura no se sorprendió de la circunstancia de hallar á este sacerdote despierto y pronto á verificar la solemne ceremonia á las

tres de la mañana. En su imprudencia sacrilega, dejó pronunciar las santas fórmulas del matrimonio y desde la estancia del sacerdote, llevó á su esposo á su propia casa, ofreciéndole obsequiosamente su domicilio conyugal. Entónces se verificó una escena terrible, mas fácil de adivinarse que de descubrirse.

Al mismo tiempo que la *señorita* declaraba ser hombre, riendo á no poder mas, el señor A. decia que era muger con aire serio. Un rayo no hubiera dejado mas pálido y aterrorizado á nuestro jóven B como esta inesperada declaracion. Clamó que era una supercheria, una traicion y habló de separacion inmediatamente. Pero estos gritos eran vanos. El matrimonio se habia celebrado segun las solemnidades que exige la ley americana y por consiguiente era válido segun esta ley, la mas complaciente de todas, con respecto al himeneo.

Segun se ha sabido despues, B. se ha avenido con su estado: supuesto que no tenia otro remedio y permanece sugeto en el lazo que él mismo se armó. Su muger fea, muy fea y pobre, pero de nacimiento distinguido y muy bien educada, ha llevado segun se asegura á su estados de***, al marido que ha encontrado en el baile para presentárselo á su familia.

(Entreacto.)

BOLETIN.

Minas de diamantes.

El alto precio que tiene en el comercio esta hermosa produccion, superior en brillo y en duracion á los demas cuerpos de la naturaleza, lo debe á que es muy rara y á los dispendiosos

trabajos que ocasiona su explotacion. Hasta ahora, en las Indias y en el Brasil son los únicos países en que se han descubierto minas de diamantes, y es muy de notar que en uno y otro hemisferio, se encuentran á la misma distancia del ecuador; es decir, á unos 18 grados de latitud; la una boreal y la otra austral; lo que da una idea de que pueden encontrarse diamantes en Africa, bajo la latitud de Madagascar y de Nigricia, confirmandose de este modo la opinion de Plinio, que asegura, que se han sacado del país de los Etiopes.

La época del descubrimiento de las minas de diamantes en el Brasil, cuenta poco mas de un siglo de existencia. En 1728 algunos mineros, buscando oro en el distrito de Serra Do-frio, encontraron por primera vez algunos diamantes que vendieron á bajo precio á personas que conocian mejor que ellos su verdadero valor. Habiendo sido divulgado el secreto de este descubrimiento, el gobierno portugues se apodoró de este ramo importante de explotacion, cuyo producto fué tan útil, que en 1730, la flota de Rio Janeiro transportó 1146 onzas de diamantes á Europa.

El modo con que se explota la principal mina de diamantes del Brasil, merece una descripcion particular. Bajo un colgadizo de 90 pies de largo y 45 de ancho, se abre una caja de la misma dimension del colgadizo, y se la divide en treinta partes iguales, en las que penetra el agua de un canal vecino. En cada una de ellas un negro, armado con una mielga, lava el mineral que está colocado sobre la bóveda que cubre el canal. A una distancia igual, y encima de los montones del mismo mineral, están sentados en altas sillas muchos celadores, que presiden con la mas escrupulosa atencion este género de trabajo. Ellos son los que distribuyen á los negros la

percion de tierra que deben lavar, y los que cuidan de que se haga con esmero esta importante operacion. Si acontece que un negro encuentra un diamante en el residuo de la tierra lavado se levanta al instante, palmea, y teniendo la piedra preciosa entre el pulgar y el indice, la entrega á uno de los celadores, que la coloca en un globo con agua, que está colgado en el centro del edificio. En este globo se depositan todos los diamantes encontrados durante el día, para ser estraidos por la noche, cuando se ha concluido el trabajo, y confiados al primer celador, que los pesa y registra en un libro destinado esclusivamente á este objeto.

El negro que encuentra un diamante cuyo peso se aproxima á cuatro dracmas, es coronado de flores y conducido con gran pompa á presencia del administrador, que le dá la libertad, indemnizando á su propietario; y se le permite ademas trabajar por su cuenta. Tambien se dan recompensas proporcionadas á los demas negros que entregan á los celadores diamantes de ménos precio. Pero al mismo tiempo que se conceden premios á los que la felicidad favorece, se toman las mayores precauciones á fin de que no se substraiga ninguna piedra preciosa. La mas segura es la de no dejar trabajar por mucho tiempo á los negros en un mismo sitio. Sin embargo, á pesar de toda esta vigilancia, hay negros bastante listos y osados para aprovecharse un momento, en que se les pierde de vista, para tragarse un diamante. Por mera sospecha de semejante superchería, se confina al acusado á un sitio solitario, y con guardas de vista hasta que sus funciones naturales hacen para parecer el objeto robado.

En la India Oriental, el reino de Golconda encierra las minas de diamantes mas preciosas de todo el Universo.

Las principales son las de Raoleonda, de Colour y de Sonnelpour. La primera, situada á cinco jornadas de Golconda, está en un terreno arenoso y pedregoso. En estas rocas hay venas de un dedo de grueso, líneas de una materia terrosa, que es la matriz de los diamantes. La segunda, que se encuentra á siete jornadas al E. de Golconda, está en una llanura rodeada por un rio y por una cordillera de montañas que forman un semicírculo; cuanto mas se acercan á las montañas, tanto mayores son los diamantes; pero no se encuentra ninguno en sus pendientes. En la mina de Sonnelpour no se encuentran los diamantes en su sitio natal, pero están diseminados en la arena del rio de Guel, que los ha arrancado de su matriz.

Tavernier, que ha hecho mucho tiempo el comercio de los diamantes en las Indias, habla tambien de un rio de la isla de Berneo, en el que se encuentran diamantes, y Boece de Boot dice que existen minas de esta preciosa piedra en la península de Malaca. Pero un hecho que supone el último, hecho que seria sumamente curioso si se hubiese confirmado es, que el mismo terreno de que se han sacado los diamantes, contiene otros nuevos al cabo de dos años: añade, que los que han quedado en la parte inferior de la mina, contribuyen á terminar esta nueva formacion. En lo que no cabe duda, en lo que están acordes los químicos modernos, y lo que han probado los experimentos mas directos, mas exactos, y mas concluyentes, es que el diamante se compone de carbon, que la accion del fuego reduce á gas carbónico y que este gas es una de las partes integrantes de la atmósfera.

Los mejores diamantes conocidos son:

1.º El famoso diamante del Gran Mogol. Pesa cinco onzas, tres dracmas y dos granos; tiene cerca de pulgada y

media de ancho y trece líneas de alto: su figura es de medio huevo de gallina cortado transversalmente. Se encontró en la mina de Colour.

2.º El diamante que el conde Orloff regaló á la Emperatriz Catalina II. No tiene ningun defecto y pesa cuatro onzas y cuatro granos.

3.º El Pitt ó el Regente, que pertenece al Rey de Francia: pesa dos onzas, trece dracmas y siete granos, y está avaluado en más de seis millones, á causa de su estremada perfeccion. Se encontró en las minas de Partheal, en el reino de Golconda.

Receta contra la irresolucion.

Alguno ha dicho que no hay cosa mas difícil en negocios importantes que tomar instantáneamente una resolucion definitiva; porque las muchas consideraciones que ocurren, y que se destruyen entre si, hacen que el alma crea que nunca se ha reflexionado bastante.

El célebre Franklin discurrió un método, algo lento en verdad é inaplicable por tanto, cuando debe tomarse una resolucion de pronto; puede usarse con utilidad en gran número de casos. En carta que escribió á Priestsley; en 19 de Setiembre de 1772, dice lo siguiente. Cuando nos ocurre deliberar y estamos indecisos, la dificultad en que nos vemos dimana principalmente de que no se presentan á la vez, á nuestra vista, todas las razones en pro y en contra. Ahora se nos ofrece una, luego otra, y suele suceder, que no llega la última sino despues de haberse olvidado la primera. De aqui las contradictorias deliberaciones que alternativamente adoptamos, y de aqui la incertidumbre y vacilacion

que nos mortifica. Para fijarme, acostumbro dividir en dos columnas un pliego de papel; escribo en una, por cabeza, *pro*, y en otra *contra*. Reflexiono sobre mi asunto el tiempo que me parece, y voy colocando bajo cada uno de los dos epígrafes algunas concisas indicaciones de los motivos que hay para determinar en uno ú otro sentido. Luego que tengo ya reunidas en este catálogo todas las que pueden llamarse razones contradictorias, pero su importancia respectiva, y si encuentro dos (una en cada parte) iguales, borro ámbas. Si hallo una en *pro*, que me parezca equivalente á dos en *contra*, borro las tres. Si juzgo que dos razones en *contra* equivalen á tres en *pro*, borro las cinco. Despejada así, poco á poco, esta especie de incógnita, me fijo con arreglo á lo que queda. Imposible es valuar las razones morales con la precision con que se valúan las cantidades, álgebraicas aislada y comparativamente; teniéndolas todas á la vista creo que hay mas facilidad de juzgar y mucha menor esposicion de equivocarse. Me ha sido muy útil el uso de estas ecuaciones, que pudieran llamarse álgebra moral.

(Panorama.)

BIBLIOGRAFIA.

Libros á precios inferiores de las librerías.

CARTAS

DE

ABELARDO Y ELOISA

precedidas de un ensayo histórico de Mr. y Mme. Guizot.

Dos hermosos tomos en 4.º con 8 escelentes láminas á 50 rvn.

Ademas de las verdaderas cartas de estos dos célebres amantes, y de las imitaciones de varios poetas insignes, franceses, ingleses y españoles contiene esta obra diversos fragmentos relativos al mismo asunto y escritos por los hombres mas notables de nuestro siglo, como Chateaubriand, Coussin, Saint-Marc, Girardin &c. &c.

Ningun asunto mas interesante para los que se cuidan de los adelantos de la filosofia europea durante la edad media: ningun recuerdo mas encantador para los que pueden formarse idea de la mas poderosa de las pasiones del corazon humano.

Este libro es tan necesario en la biblioteca de un filósofo, como en el tocador de una hermosa.



OBRA DE MELENDEZ VALDEZ

Un tomo en 4.º escelente ediccion á 20 rvn.

Hacer un elogio de las poesias de Melendez Valdez fuera hacer una injuria no leve, á la instruccion y al buen gusto de nuestros lectores. ¿Quién no sabe que es el restaurador de nuestra buena poesia y que es acaso el mas fluido, el mas harmonioso de nuestros poetas?

La presente reaccion contra los horrores y las exageraciones del romanticismo ha devuelto á las poesias de Melendez Valdez el crédito, de que durante algun tiempo estuvieron privadas.



COLECCION DE NOVELAS

SELECTAS.

De Walter Scott, de Sessage, de Bernardin, Saint Pierre, de Chateaubriand &c. á precios muy económicos.

Se hallan de venta estas obras y otras muchas de diversos géneros en los mismos puntos donde se admiten suscripciones á la REVISTA GADITANA.



TRATADO COMPLETO DE ANATOMIA.

Del baron Boyer.

Es inútil hacer el elogio de esta interesantísima obra, la primera sin duda alguna de cuantas han escrito sobre tan importante materia.

Su precio en las librerías es de 5 rs. por cuaderno.

Se admiten suscripciones en Cádiz, en la redaccion de la REVISTA GADITANA: en el Puerto, en la librería de Valderrama: Jerez, Bueno: San Fernando, Molinelo: Sanlúcar, Gurrea: Medina Rosso.—A 4 rs. el cuaderno.

La obra constará de 25 cuadernos y por tanto el ahorro en ella es de 25 rs. sobre el precio de suscripcion.

LA HOMEOPATIA,

PUESTA AL ALCANCE DE TODO EL
MUNDO,

por Luis Fleury,

*Antiguo cirujano del hospital de San
Lázaro, &c.*

Opúsculo en cuarto que se vende al precio de ocho reales vellón en las librerías de Hortal y Compañía, Férros, Bosch y en todos los puntos en que se suscribe á la REVISTA MEDICA.

LA PUBLICIDAD.

Desde principios del próximo mes, la REVISTA GADITANA se seguirá publicando con el nombre de REVISTA ANDALUZA, y con grandes mejoras as, en la parte material y tipográfica como en la redaccion.

La empresa se lisonjea de haber correspondido con sus esfuerzos á la escelente acogida que encontró este periódico; ningun otro de su especie reunió nunca en esta provincia un número tan crecido de suscritores.

Estamos autorizados para asegurar, que la empresa cuenta, no solo con la cooperacion de los mas acreditados literatos de Andalucía, sino tambien con la de muchos de los mas principales escritores de la corte.

La REVISTA ANDALUZA inser-

tará, pues, no solo las producciones de los actuales colaboradores de la REVISTA GADITANA, sino tambien otras muchas de los Sros. Morales, Santistévan, Pacheco, Castro, Martinez Cintora, Revilla, García Tasara, Rios Rosas, y otros literatos de nombradía.

En vez de ocho pliegos de papel común, los suscritores recibirán mensualmente diez pliegos de papel marquilla, igual al de la brillante edicion del *Quijote*, que se está publicando en Cataluña.

No es nuestro ánimo esplicar los obstáculos que ha encontrado hasta el día la empresa de la REVISTA, y los medios con qué actualmente cuenta para llenar con creces sus promesas. Todo esto será objeto de un nuevo prospecto que se está imprimiendo, y se repartirá muy en breve.

Por hoy nos limitaremos á decir, que los principales objetos de la REVISTA ANDALUZA son:

PRIMERO: demostrar la identidad de intereses comerciales y agricolas de estas provincias meridionales, y la necesidad que todas ellas experimentan de que se vean libres todos los ramos del tráfico y de la industria, de las trabas que hoy las oprimen y embarazan.

SEGUNDO: dar la mayor unidad que sea posible á los trabajos literarios de estas mismas provincias.

IMPRESA DE LA REVISTA MEDICA, calle de la Torre, esq. á la del Jardínillo.